

## SOLEMNIDAD DE LA NAVIDAD DEL SEÑOR

Misa de la noche

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

25 de diciembre de 2008

Is 9, 1-6; Lc 2, 1-14

En el ambiente de esta noche santa, queridos hermanas y hermanos, adoramos el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Unidos al gozo de María y de José y al estupor del ángeles y de los pastores, celebramos su nacimiento humano. Todo es sencillo y todo es sublime en la narración del evangelista san Lucas que acabamos de escuchar: el parto del primogénito, la pobreza del ambiente por no haber encontrado *sitio en el hostal*, la madre que envuelve al hijo y lo pone en un *pesebre*, la alegría del nacimiento en un pueblecito pequeño de la Judea compartida por el cielo, la *luz* que viene de *la gloria* del Señor, la simplicidad y la prontitud de los *pastores*. El anuncio de la salvación, de la alegría y de la paz a favor de todo el mundo.

Era el cumplimiento de la profecía de Isaías que hemos escuchado al inicio de nuestra vigilia: *nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo que lleva al hombro la insignia de príncipe*. Este niño recibe unos nombres que son todo un programa de vida: *Consejero-prodigioso*, capaz, por lo tanto, de decir palabras de sabiduría y de salvación de parte de Dios que susciten la maravilla de los que lo escuchen y lo acojan en su corazón. *Dios-héroe*, procedente, pues, del ámbito divino, valiente para luchar contra el mal con la fuerza misma de Dios. *Padre-por-siempre*, solícito por amor a dar vida, a custodiar y proteger constantemente a las personas. *Príncipe-de-paz*, porque será portador y mantenedor de la paz en *el reino de David* y a todas las naciones. ¿Cómo no estallar de alegría ante este anuncio tan nuevo y tan transformador de la realidad? ¿Cómo no unirse al canto de los ángeles y al gozo de los pastores?

Sin embargo, los pastores van al lugar donde les ha sido indicado y sólo encuentran a *María y a José y al niño acostado en el pesebre* (cf. Lc 2, 15-16). Sin ninguna *insignia en el hombro*. Sin ningún distintivo maravilloso. Sin títulos ni grandezas. Y sin embargo, quizás después de unos momentos de incertidumbre, de pensar si no estaban soñando, creen. Así lo da a entender el evangelista un poco más adelante del fragmento evangélico que hemos leído ahora: *Al verlo, les contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores* (cf. Lc 2, 17-18). Iluminados por la palabra divina que habían acogido, supieron descubrir la realidad profunda de lo que veían, y no solamente creyeron más allá de lo que captaban los sentidos, sino que se hicieron anunciadores de la Buena Nueva a los otros.

Nosotros, como los pastores, no palpamos realidades extraordinarias. Y a pesar de haber oído el anuncio jubiloso del nacimiento del *hijo de María*, nos cuesta ver los frutos de este nacimiento transformador, tanto en nosotros como en nuestro mundo. Y oímos punzante la pregunta que nos hacen muchos y que a veces nos hacemos también nosotros: ¿Ha nacido *el Mesías*?, ¿si nada ha cambiado en el mundo! ¿Ha nacido el *Salvador*?, si vemos cada día la injusticia, la violencia, la muerte y el dolor campando por todas partes, cebándose en los más débiles. ¿*Una alegría para todo el pueblo*?, si nos llega el rumor de tantos llantos que empapan de lágrimas la redondez de la tierra. ¿Ha venido el que lleva la *Insignia de príncipe*?, si muchos no lo conocen o dejan de querer formar parte de su reinado.

Interpelados por estos interrogantes, tenemos que acoger, como los pastores, la Palabra divina sobre el nacimiento de Jesús que nos es anunciada. Y tenemos que ponernos humildemente en camino hacia Belén, hacia la consideración en profundidad

de los signos que nos son dados con el fin de ver más allá de aquello que es tangible. Tenemos que saber leer el significado del Dios hecho hombre en la debilidad y la falta de recursos, del *príncipe* divino que no tiene *lugar en la posada* y tiene que ser puesto *en un pesebre* envuelto en pañales. Descubrimos una anticipación del rechazo que sufrirá grande porque no tendrá *sitio* en la sociedad de su tiempo, y acabará colgado en la desnudez de la cruz y envuelto con las vendas de amortajar. El pesebre prefigura que él mismo se dará como alimento. Pero toda la escena del pesebre es también anticipación del amor que le tendrán los que lo seguirán y creerán en él. Como los pastores, pues, tenemos que hacer un recorrido de fe para creer y anunciar la esperanza y la gran alegría para todo el mundo. Porque si lo miramos bien, en profundidad, desde el nacimiento de Jesús el mundo ya no es igual que antes. Él ha venido a sembrar una semilla: la de la Palabra; a poner una levadura en los corazones: la de la conversión y la fe; a suscitar un dinamismo: el del Espíritu. Gracias a él, hay destellos de bien en muchos corazones. También el nuestro está empapado de una alegría particular a pesar de ser conscientes del mal y del dolor del mundo, porque creemos que el vigor transformador del Evangelio impulsado por el Espíritu Santo, continúa activo en el mundo y suscitando muchos gestos y muchos compromisos de buena voluntad hasta que transformará a todas las personas iluminándoles los ojos y transformándoles los corazones.

La Navidad, pues, no es cerrar los ojos a la crudeza de la realidad y hacer como si por unos días todo fuera bonito. La Navidad es alegría profunda porque anuncia el sentido y el término bueno de todo; la transformación, futura pero cierta, de todas las cosas hasta que, silenciosamente, *la justicia y la paz se abrazarán* (cf. Ps 84, 11) en el interior de cada persona y entre todos los pueblos. La Navidad es el sí de Dios a los pequeños y a los pobres, a los que sufren, a los que después de haberse descarriado buscan el camino del bien. Ésta es la razón de nuestra alegría en esta noche. Una alegría, sin embargo, que se tiene que hacer trabajo por la paz y la justicia, que se tiene que hacer solidaridad con los que sufren o pasan necesidades. Por eso, esta noche, ante la crisis económica que afecta a tanta gente, hemos pensado hacer al final de la celebración una colecta a favor de Caritas. Por una parte, los donativos a este servicio asistencial de la Iglesia han disminuido un 15% mientras que acuden un 50% más de personas en demanda de ayuda. *Dios ama al que da con alegría*, dice la Escritura (cf. 2C 9, 7). Hagámoslo contemplando en la fe al Hijo de Dios hecho hombre, que ahora, en la Eucaristía, se nos da como alimento y como luz incorruptible.